

*Discurso de investidura como Doctor "Honoris Causa" del
Excmo. Sr. D. Guy Hermet*

28 de enero de 2004

España y la invención de la modernidad política

Dos razones me han llevado a buscar un tema de discurso a la altura del honor que se me hace esta Universidad.

La primera es mi deuda afectiva a todos mis amigos españoles.

Más allá de este aspecto emocional, la segunda razón fue como confirmada por mi lectura reciente de los escritos autobiográficos de Elías Canetti.

Quería compensar la injusticia histórica que se comete al olvidar que, pese a que diste de ser reconocida como tal, España es uno de los inventores de la modernidad política.

Elias Canetti lo ilustra justamente.

Nacido en Bulgaria de unos padres con pasaporte otomano, educado en Manchester, Viena, Suiza y Francoforte, escritor alemán de primera fila, Canetti se consideraba sin embargo como una especie de español fundamental por el hecho de ser descendiente de los judíos expulsados de España en 1492.

Estos judíos ya se consideraban como españoles y siguieron considerándose así hasta el siglo veinte.

Canetti hablaba y pensaba en español.

España está inventando hoy una nueva forma de identidad política: la de ciudadano del Estado de las autonomías.

Pero uno queda fascinado por el paralelo que existe entre esta innovación y la otra innovación – en su tiempo – de las **primeras identidades proto-nacionales del Medioevo**.

Es cierto que el imaginario medieval ignoraba la identidad nacional territorializada tal como lo entendemos hoy día.

Las fronteras políticas modernas nacen en 1648, con los Tratados de Westfalia.

Asimismo, las teorías mas aceptadas sostienen que las identidades nacionales son el producto por una parte de las primeras técnicas de comunicación de masa – la cultura de la imprenta o *print-culture* – que permitieron difundir

impresos baratos, y por otra parte de las estrategias de homogeneización socio-cultural requeridas por la revolución industrial.

Unas y otras no surtieron efecto antes del final del siglo XVIII.

Ahora bien, aunque sea difícil documentar lo que podía ser la conciencia colectiva de las poblaciones medievales, esto no permite afirmar que dicha conciencia no rebasaba los límites del vecindario inmediato.

Tampoco permite postular que el imaginario de los pobres era menos "nacional", entre comillas, que el de los hidalgos orgullosos de ser partícipes de una nobleza universal.

Al contrario, la hipótesis de identidades colectivas confusas pero de larga amplitud parece verosímil sino comprobable en el caso de la masa campesina, pese a las solidaridades locales y a lo disperso de las lenguas populares.

Además, otro factor generó en ciertos casos un mecanismo adicional de identificación colectiva: el resentimiento de un pueblo frente a otro pueblo percibido como adverso bajo el efecto de un trauma histórico.

Es aquí donde interviene España.

Los españoles se percibieron como tal en su confrontación con sus invasores venidos de África.

Pasó igual con los Rusos unidos frente a los conquistadores mongoles, o también con los Franceses, que se descubrieron a si mismos durante la Guerra de cien años contra los Ingleses.

No hay que creer siempre el refrán que dice que los hombres ganan al conocerse.

Muchas veces, no ganan nada sino rechazos mutuos que fomentan por primera vez la idea de un territorio etno-cultural exclusivo, usurpado por una nación enemiga.

Se sabe que el dominio musulmán no se tradujo por un aporte de población masivo, tampoco por una islamización sistemática.

No obstante, ora ligera ora profunda, la influencia externa perceptible en el conjunto de la Península no menguó el resentimiento de los autóctonos antiguos.

En el siglo XIV, un rey cristiano de Sevilla mandó grabar en su Alcázar la inscripción en árabe: "Gloria a nuestro Señor, el Sultán don Pedro".

Paradójicamente, no significaba otra cosa que la voluntad de lavar el agravio de un dominio extranjero, esto en cualquier idioma, tal como los líderes de la descolonización se expresaban en inglés o en francés frente a sus colonizadores.

Así se manifestó sino el rechazo de una sociedad plural, al menos la negativa de una soberanía extranjera que ofendía la identidad de un pueblo.

Lo importante al respecto no es la empresa guerrera de 25 generaciones.

Es su paralelo social, mental y político en la población española.

En lo sucesivo, dejando de aparecer a sus habitantes como una entidad bastante vaga, España se convirtió para ellos en un país indiviso, robado a si mismo por unos forasteros.

Tan pronto como en 754, un cronista de Toledo lloraba "la perdida de España", formula que se repite constantemente después.

Más tarde, el proceso culmina en los años 1270-1280, cuando Alfonso X el Sabio publica la primera historia casi nacional escrita en lengua vulgar en Europa.

La *Estoria de Espanna* de Alfonso el Sabio enuncia la doctrina de una soberanía universalista y moderna, aplicable a los cristianos tanto como a los moros o a los judíos.

Y lo hace en ausencia de lo que Benedict Anderson llama la *print-culture*, sea sin el apoyo a la identidad colectiva de los periódicos, los almanaques, los manuales escolares y las novelas populares de los siglos XVIII y XIX.

Observaciones bastante directas de la expresión popular de una identidad española temprana comprueban este fenómeno.

En 1459, el *Tratado de la perfección del triunfo militar* de Alfonso de Palencia testimonia de ella, cuando uno de sus protagonistas se declara "Español de la España más extensa" (la de la Corona de Castilla), mientras que otro, dirigiéndose a un catalán, dice que "Vosotros, los Catalanes, es con mucha razón que ostentáis el nombre de Españoles".

Luis de Camoens, en *Os Lusíadas* (en 1572), proporciona también tal testimonio cuando escribe: "Portugueses, Castellanos, Españoles los somos todos".

Pero las pruebas de identidad temprana más impresionantes son desde luego las de los ladinos expulsados en 1492, o de los moriscos proscritos en el siglo XVII.

Volvemos a Canetti.

Los ladinos conservaron siempre el recuerdo y la lengua de la España perdida en Salónica y Estambul.

Y en cuanto a los moriscos, Cervantes hace decir a un tal Ricote, retornado clandestinamente a su tierra de la Mancha: "lloramos España, nuestra patria natural".